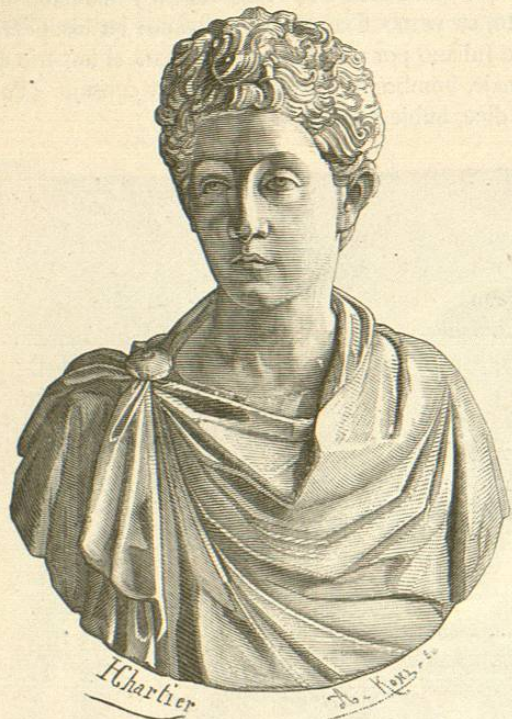


otra vez á vivir al día, según que la fortuna ponía al frente de su gobierno un hombre prudente ó un insensato.

Severo hará con Caracalla lo que Marco Aurelio hace con Cómodo: los Treinta Tiranos reemplazarán á los An-



Cómodo, niño (1)

toninos y una mala costumbre de sucesión aumentará las causas de ruina que van á desarrollarse en el seno de esta monarquía en otro tiempo tan fuerte y tan feliz.

### III. — ESTOICOS Y CRISTIANOS

Otra falta pesa sobre su memoria, la persecución de los cristianos. Entonces ocurrió el primero de los grandes choques del cristianismo y del imperio. No podemos omitir esta sangrienta página de su reinado, porque en ella se encuentra un problema histórico, que se ha presentado con frecuencia, que reaparecerá siempre y que más bien que las batallas hace la grandeza dramática de la historia. ¿Por qué no quiere nunca el pasado que se va, comprender el porvenir que se acerca y será mañana el presente?

La guerra que había roto el estrecho recinto de la ciudad romana, rompió también la estrecha envoltura de los sistemas: las ideas se habían agrandado como el Estado. La metafísica había ganado poco en ello: apartados, por las tendencias prácticas de su genio, de las argucias con que se extraviaba el sutil ingenio de los griegos, raza contenciosa y disputadora que se contentaba ahora con el sonsonete de las palabras, los romanos dejaron á un lado las discusiones teóricas para ir en derechura á las consecuencias individuales y sociales. Sus filósofos no habían sido más que moralistas y lo habían sido con un carácter particular. Una paz dos veces secular, como nunca la había conocido el mundo, había aflojado los violentos resortes de la naturaleza humana, suavizado las pasiones fieras, que excitaba la perpetuidad de la guerra, y abierto la fuente hasta entonces cerrada de los sentimientos afectuosos de cada uno para con todos. La moral de Cenón y de Cleantes que se proponía no tanto arreglar la naturaleza humana, como do-

(1) Busto del Museo del Louvre.

marla con el orgullo del alma y la insensibilidad del cuerpo, perdió poco á poco su rudeza, suavizada por el espíritu de caridad, se calentó con expansiva ternura y su altivez desdeñosa se trocó en simpática dulzura. La idea de la humanidad, entrevista en la Grécia, se precisó también, y un emperador fué quien escribió: «El ateniense decía: ¡Oh amada ciudad de Cécrope! Y tú no puedes decir del mundo: ¡Oh amada ciudad de Júpiter!»

El pensamiento de Marco Aurelio va más lejos todavía; no se reduce sólo á la humanidad, sino que abraza la naturaleza entera y Dios. El mundo es para él un *cosmos* divino. «¡Oh mundo! todo lo que te conviene me acomoda. ¡Oh naturaleza! todo lo que tus estaciones me traen es un fruto siempre maduro.»

Una nueva concepción moral se añadía pues al tesoro de las ideas generosas de que el hombre estaba en posesión. El antiguo estoicismo, no tenía más que los dos principios negativos, *sustine et abstine*, sufre y abstente; el nuevo había encontrado el tercer principio, el principio de acción necesario para fecundar los otros dos: *adjuva*, ama á los hombres y ayúdales. Con esta palabra volvían los estoicos á la sociedad de que les había hecho salir su misma orgullosa virtud.

Pero si la humanidad venía á ser una gran familia, era preciso en el orden natural, considerar á los hombres como hermanos é iguales, que teniendo la misma sangre, tenían derecho á los mismos miramientos. Desde el tiempo de Nerón, escribía ya Séneca: «Todos los hombres son nobles, hasta el esclavo; todos son hermanos, porque todos son hijos de Dios.»

Al mismo tiempo desengañados de sus dioses de palo y de piedra, representantes inertes de las fuerzas ciegas de la naturaleza, los sabios del paganismo, estoicos atenuados ó sectarios del platonismo renovado, se esforzaban en penetrar los secretos del mundo invisible. Nadie se paraba en la concepción del alma universal de la naturaleza, causa primera por la cual todo vivía; muchos buscaban más allá del mundo físico esa causa universal que él no encierra; pero unos y otros veían un reflejo del pensamiento divino en la conciencia individual por cuyos juicios debía arreglarse todo.

Así, desde Aristóteles hasta Marco Aurelio, no había cesado la filosofía de desenvolver las ideas de humanidad, de benevolencia mutua, de igualdad moral, y acababa por lle-



Faustina, madre de los campamentos (2)

gar á la Providencia divina, que era para el imperial filósofo lo que debe ser para todos, la concordancia necesaria de las causas y de los efectos: «Ve derecho, dice, según la ley, y sigue á Dios que es el guía y el término del camino.» Cleantes había ya cantado en un himno magnífico, *la ley*

(2) En el anverso, la cabeza de Faustina, joven; en el reverso, la leyenda *Matri Castrorum* y Faustina sentada, llevando en la mano derecha un globo rematado en el ave Fenix, y en la izquierda un cetro; delante, tres estandartes (Gran bronce; Cohen, núm. 194).

común de todos los seres. La filosofía, que al principio había sido un grito de guerra ó de rebelión, había pues venido á ser el sentimiento del deber, como quiera que lo que entonces hacía de ella la idea dominante era la sumisión á la ley, que cada cual puede descubrir por el estudio perseverante de sí mismo.

Si los apologistas del siglo segundo y tantos otros doctores, encontraban cristianos antes del cristianismo, nadie lo fué en su corazón tanto como Marco Aurelio, porque ningún hombre llevó nunca más lejos el deseo del perfeccionamiento interior y el amor de la humanidad. Así, quedó como la más alta expresión de aquel estoicismo depurado que confinaba con el cristianismo, sin entrar en él ni de él tomar nada.

Después de su muerte se encontraron en una caja diez paquetes de tablillas, escritas por él solo, sin plan, ni orden, según el pensamiento del día; tablillas que nadie había visto, que acaso nadie debía ver tampoco; y este diálogo con su alma, estas meditaciones solitarias han hecho un libro de moral sublime. Para él, el *ser virtuoso* es un *sacerdote* del Dios interior, es decir de la conciencia. «Que el Dios que hay en tí, dice dirigiéndose á sí mismo, gobierne á un hombre, verdaderamente hombre, á un ciudadano, á un romano, á un emperador.» Pero quiere á este romano, á este emperador, dulce, compasivo, amigo de los hombres. «Piensa que los hombres son hermanos tuyos y los amarás. — ¿Puedes decir: Nunca he hecho daño á nadie ni de palabra ni de obra? Si puedes has cumplido tu deber. — En un instante no serás más que ceniza y polvo; mientras llega ese momento, ¿qué debes hacer? Honrar á los dioses y hacer bien á los hombres.» Pero ¿en qué consiste el bien? En obrar según la recta razón, *εὐρὴς λόγος*, que es una emanación de la razón universal y según la voluntad divina, que es la soberana justicia. — Así, la humanidad nos manda amar como á hermanos nuestros hasta á los que nos han ofendido; y una sola venganza nos es lícita, á saber: no imitar á aquellos de quienes tenemos motivos de queja. — No es bastante hacer bien; ha de hacerse por sí mismo sin ninguna idea ni esperanza de compensación. — «Te quejas de haber favorecido á un ingrato, y hubieras querido ser recompensado, como si los ojos pidieran salario por ver y los pies por andar. El caballo que ha corrido, el perro que ha cazado, la abeja que ha hecho su miel, el hombre que hace beneficios no lo publican por el mundo, sino que pasan á otro acto de la misma especie, como hace la vid que da otros racimos, cuando vuelve la nueva estación.» Abstenerse hasta del pensamiento del mal, amoldando el alma á la imagen de la divinidad; sufrir con resignación las injurias; amar á los hombres; sacrificar al deber hasta lo que más se ama: he aquí á Marco Aurelio íntegramente. Y creía que esta viril religión del deber podía bastar á la humanidad; error de un noble espíritu, en el cual es bello haber caído, y que á Dios gracias, dura aun para algunas almas heroicas. Pero ¿cuándo vendrá á ser la fe y la regla de la multitud? Esta filosofía simplificaba la vida no hablando de la muerte, ó, al menos, no inquietándose por lo que se puede hallar más allá de la tumba, se desentendía de las cuestiones que más han turbado al alma humana. De pronto había celebrado la salida razonable, *εὐλογος ἐκταρατή*, por la cual el hombre devuelve por sí á la naturaleza los elementos que ella misma le había prestado por un instante; y ya se ha visto, de Tiberio á Vespasiano, una verdadera epidemia de suicidio. Marco Aurelio, el hombre de la ley, condena la muerte voluntaria como una debilidad: «Aquel, dice, que arrebató su alma de la sociedad de los seres razonables, es un transgresor de la ley; el siervo que huye es un desertor.» Así reprueba

lo que llama «el tenaz empeño de los cristianos en buscar la muerte con trágico ademán.» Pero acepta el decreto de la naturaleza, «sin ostentación, fiereza ni desdén,» pues que la muerte es una consecuencia necesaria de las leyes del mundo. «Algunos granos de incienso, dice, son destinados á arder sobre el mismo altar; que uno caiga en el fuego más pronto, otro más tarde, ¿dónde está la diferencia? Y también: «Es preciso dejar la vida como la oliva madura cae bendiciendo la tierra, que la ha nutrido y dando gracias al árbol que la ha sostenido.» Su virtud no era un tráfico hecho con el cielo; en ella había encontrado su recompensa y no esperaba nada de los dioses: «el silencio eterno de los espacios infinitos» no le espantaba.

Con todo eso, este pensamiento lo persigue más de lo



Faustina, mujer de Marco Aurelio (Busto del Museo de Nápoles)

que él confiesa. «¿Qué importa, dice, qué importa el ser ó la nada al salir de este mundo? O no será nada ó será mejor.» Y no será mejor, sino á condición de haber obedecido á la razón, al deber, es decir á la ley divina. El filósofo práctico salía así de las contradicciones de su sistema, que encierra el destino del hombre en este mundo, y salvaba la moral, que después de todo es el gran negocio, porque la moral no es más que la ley de Dios descubierta por la razón pura y fielmente observada.

En el libro de los *Pensamientos*, el método, es decir, el estudio perseverante de sí mismo y la exquisita pureza de los sentimientos son de Marco Aurelio; pero el fondo de las ideas pertenece á su tiempo. Para convencerse de ello, bastaría leer los primeros capítulos, donde devuelve á cada uno de sus maestros, de sus deudos y amigos lo que de ellos ha recibido. Con la doctrina del *λόγος*, que une el hombre á Dios y á los hombres entre sí, los nuevos estoicos sacaron este principio, fundamento de la sociedad humana y de la ciudad divina: que es preciso honrar el genio divino que está en nosotros por medio de la pureza moral y el que está en nuestros semejantes por medio de la caridad.

Ahora bien, la historia nos ha mostrado estas ideas saliendo de la escuela para penetrar en la ley civil, que ellas cambian, y hasta en la administración, que ellas también modifican. Eminentes juristas que se sucedieron du-



rante dos siglos sin interrupción, habían hecho del viejo *derecho quiritaro*, suavizado primero por el derecho de gentes y luego por el *derecho natural*, esa legislación que se ha llamado la razón escrita, ó como dice Ulpiano, la *santísima sabiduría civil*. Celso, amigo de Adriano, definía el derecho: «la ciencia del bien y de lo justo;» y Justiniano hacía poner al frente de sus *Pandectas* estas tres sentencias de Ulpiano: «Los preceptos del derecho son: vivir honestamente, no dañar á nadie, dar á cada cual lo suyo (2).»



Anio Vero, hijo de Marco Aurelio y de Faustina (1)

El derecho venía á ser una religión, la de la justicia, y los *prudentes* se llamaban con noble altivez sus sacerdotes (3). El espíritu de equidad que los jurisperitos hacían entrar en la ley, entraba también en el gobierno: Roma imperial comunicó sus derechos civiles y políticos á los que Roma republicana había llamado *extranjeros, enemigos*; y ya hemos visto cómo los Antoninos suavizaron la condición de la mujer, del hijo y del esclavo, y dieron asistencia al niño pobre, médico al enfermo, honores funerarios á los que no habían podido costear una hoguera ó una sepultura.

Mientras Marco Aurelio, en sus ansiosos pervigilios por el país de los cuades, escribía este libro de los *Pensamientos*, del que ha dicho un cardenal: «Mi alma estaba más roja que mi púrpura ante el espectáculo de las virtudes de

(1) Estatua encontrada en las cercanías de Lanuvio (*Civita Lavina*). Museo Campana.

(2) Dig. I, 10, con esta definición de la justicia: *Justitia est constantis et perpetuae voluntatis ius suum cuique tribuendi*.

(3) *Cujus merito quis nos sacerdotes appellat; iustitiam namque colimus et boni et aequi notitiam profitemur* (Ulpiano, Dig. I, 1, § 1).

aqueil gentil;» en el seno de las grandes ciudades, hombres harapientos á veces se reunían en las sombras para buscar también el mundo invisible. He aquí las palabras que oían (4): «Si amáis á los que os aman, ¿qué hacéis de nuevo? Las gentes de mal vivir lo hacen también. Pero yo os digo: rogad por vuestros enemigos, amad á los que os aborrecen, bendecid á los que os maldicen. — Sabéis que se ha dicho: No matarás; pero yo os digo que quien se enoje contra su hermano, merecerá ser condenado por el consejo. Si pues, cuando lleves tu ofrenda al altar, recuerdas que tu hermano tiene alguna queja de tí, deja allí tu ofrenda y corre á reconciliarte con él, y vuelve luego á presentar tu ofrenda. — Sabéis que se ha dicho: Ojo por ojo y diente por diente; pero yo os digo: si alguien os hiere en la mejilla derecha, presentadle también la izquierda. Si alguno quiere litigar contra vosotros por quitaros la túnica, abandonadle también la capa.»

Otra vez les decía Jesús: «Cuando el Hijo del hombre venga sobre las nubes, acompañado de todos sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria, y estando reunidas ante él todas las naciones, las separará unas de otras como el pastor separa las ovejas de los carneros. Y colocará á éstos á un lado y á aquéllas á otro. Y dirá á los que estén á su derecha: Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino de los cielos; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me asististeis, preso y me visitasteis. Los justos dirán: ¿Cuándo, Señor, tuviste hambre y sed y nosotros te socorrimos? Y el rey les contestará: Cuantas veces lo hicisteis con uno de los más pequeños de mis hermanos, conmigo lo hicisteis.»

Así pues el cielo, tanto tiempo cerrado, se abría; el alma, como dice Platón, volvía á encontrar alas. Los más sabios paganos limitaban sus esperanzas á esta vida; el Evangelio extendía las suyas á la eternidad. Nuestra mansión aquí abajo, en lugar de ser el fin, no era sino un tiempo de prueba, un viaje á un lugar de destierro; la riqueza y los honores venían á ser un peligro, la pobreza y el sufrimiento una promesa, la muerte la liberación. Hasta entonces había sido la religión un culto de terror ó de placer, y se presentaba como el culto del amor; había hablado á los sentidos y á la imaginación, y ahora hablaba al corazón. No teniendo ya más que un soplo de vida, el apóstol San Juan se hacía llevar en medio de los fieles y les decía estas palabras: «Amaos unos á otros; esta es toda la ley.»

¿Cómo pues extrañar que los pobres, los enfermos, los esclavos, todos los réprobos de la sociedad pagana, todos los que sufriendo de cuerpo y alma tenían necesidad de amor y de esperanza, que las mujeres, sobre todo, acudieran á la buena nueva, y que se formaran rápidamente tantas comunidades cristianas?

Así, aparte el dogma, la humanidad murmuraba entonces las mismas palabras, así en los dorados palacios como en las miserables cabañas, por los labios del príncipe y por los del esclavo. Los que pensaban como Marco Aurelio ó meditaban sobre el *Manual* de Epicteto, del que más tarde hizo un santo la regla de sus monjes (5), estaban siempre en aptitud de entenderse con los que leían el sermón de la montaña ó las parábolas de Jesús. Y, sin embargo, media-

(4) San Justino, en su primera *Apología* (15, 16) presentada al emperador Antonino, había citado muchas de estas sentencias.

(5) San Nilo y los solitarios del Sinaí. San Nilo substituyó solamente el nombre de Sócrates con el de San Pedro, suprimió un pensamiento sobre el amor é introdujo la idea de la inmortalidad del alma, omitida en el *Manual*. En el siglo XIII, aun se leía en los conventos de Benedictinos.

ba un abismo entre ellos, ó más bien una masa impenetrable aun de pasiones, de intereses y de supersticiones que protegían el antiguo orden social y sus leyes homicidas.

El antiguo culto, no sostenido ya por nada, caía en ruinas por todas partes; los oráculos habían callado, acusados de impostura por los paganos mismos; los templos estaban desiertos, y Luciano, que escribía en tiempo de Marco Aurelio, perseguía impunemente á los dioses con el látigo de su implacable sátira. Los antiguos dueños del Olimpo no le inspiraban más respeto que á Séneca y los recién venidos lo irritaban. «¿De dónde han caído en medio de nosotros, hacía decir á Momo, ese Atis, ese Coribas, ese Sabacios? ¿Quién es ese Mitra ceñido de tiara? No entiende el griego, ni sabe qué se quiere de él cuando se le dirige un brindis. Los escitas y los getas, al ver cuán fácil es hacer inmortales, se han creído en el derecho de inscribir en nuestros registros su Zamolxis, esclavo que se encuentra aquí no sé por qué, ¡Si no tuviéramos ya el Anubis con cabeza de perro y el toro de Menfis!... Pero tienen sacerdotes y dan oráculos. Y tú, gran Júpiter, ¿qué dices de esos cuernos de carnero que han puesto en tu soberana frente?»

He aquí los sentimientos de los literatos, y este desprecio del politeísmo tradicional los conducía como á Marco Aurelio, Apuleyo y tantos otros al concepto de un Dios único.

Pero en la multitud ignorante se llenaba el vacío que dejaba en lo hondo de las almas la ruina del culto oficial con devociones extrañas: el Oriente se desbordaba sobre el Occidente con sus mil supersticiones. Después de un prolongado eclipse, se despertó el espíritu griego, no ya limpio, como en los bellos días de la civilización helénica, sino mezclado de elementos impuros, confuso, inquieto, corriendo tras lo imposible, hasta las locuras de los místicos. Ante él retrocedía el sencillo genio de Roma y de las naciones transalpinas: los sacerdotes de la Persia, de Egipto, de la Siria, los astrólogos, los nigromantes, las sibilas, los profetas, aquellos investigadores del porvenir, á quienes el porvenir se escapa siempre, pero que en ciertas épocas se apoderan del presente, inundan las ciudades y atraen á la multitud.

Apuleyo, contemporáneo de Marco Aurelio, nos muestra, por el terror que inspiraba la magia, la importancia que tenían entonces los magos, los cuales pretendían poseer ochenta medios seguros de precisar al destino á contestarles (1). Así, se llega á esto siempre que languidece ó vacila una fuerte creencia: á fines de la Edad media pulularon los hechiceros; á fines de los tiempos modernos, los iluminados.

Para estos explotadores, astutos ó convencidos, de la credulidad popular, para los filósofos que querían, como habían dicho Epicuro y Lucrecio, «librar al mundo de las cadenas de la superstición,» los cristianos eran enemigos naturales. Otros les imputaban todos los crímenes: se comían á los niños, acusación que los cristianos repetirán contra los judíos en la Edad media, y celebraban alternativamente «la unión incestuosa de Edipo y el abominable festín de Tiestes.» O bien transformaban sus esperanzas celestiales en apetitos enteramente humanos y se veía en

(1) El mismo Apuleyo fué acusado de magia. San Justino nos dice en su segunda *Apología* que los libros proféticos de Histaspes y de las Sibilas estaban prohibidos y que se castigaba de muerte á los que los leían. Las miserias en que se apoyaba la acusación de Apuleyo prueban cuán fácilmente se intentaban estos peligrosos procedimientos, que debieron de hacer muchas víctimas, aunque no tantas como nuestros procesos de hechicería. En dos años (1527 y 1528) sólo en la ciudad de Wurtzburgo, hizo quemar el obispo 158 supuestos hechiceros.

sus doctrinas un peligro social, que ciertamente se encontraba en ellas, porque la Iglesia no podía triunfar sino por la ruina del orden establecido.

Y no hablamos de las herejías que velaban á los ojos de los paganos la figura de Cristo bajo adiciones extrañas y á veces monstruosas. Así, para los que, mirando de lejos y mal, lo confundían todo, el cristianismo parecía una rebelión no sólo contra el imperio, sino también contra todas las leyes humanas.

Léase lo que refiere el autor de un diálogo puesto en las obras de Luciano. ¿No se creería un conservador espantado que cae en medio de un club demagógico?

«Iba yo por la calle mayor, cuando ví una multitud de



Marco Aurelio leyendo las súplicas del pueblo: «Piensa que los hombres son hermanos tuyos» (2)

gente que se hablaba en voz baja. Me acerco y veo un vete enfermizo y quebrantado, el cual después de toser y escupir dijo con voz flaca y cascada: Sí, abolirá los atrasos de los tributos; pagará las deudas públicas y privadas y recibirá á todo el mundo sin cuidarse de su profesión... Y añadió otras mil necedades que la multitud escuchaba ávidamente.

»Sobrevino luego otro hermano, descalzo y mal envuelto en harapos manto: — He visto, dijo, un hombre mal vestido y con los cabellos cortados, que llegaba de las montañas y me ha mostrado el nombre del libertador escrito en signos, y me ha dicho que cubriría de oro la calle mayor. —

»¡Ah! exclamé, en fin; me parece que habéis dormido mucho y soñado más: vuestras deudas crecerán en vez de disminuir, y el que cuente con mucho oro, perderá hasta

(2) Bajo-relieve procedente del arco de M. Aurelio (Capitolio, palacio de los Conservadores).